

dos juntos, cualesquiera que seamos, creyentes y no creyentes. Elevémonos los creyentes, con el respeto, la admiracion, la fé, el amor para con un Dios que se ha manifestado á nosotros con tanta evidencia, y que nos ha escojido entre los hombres para hacernos depositarios de la luz espléndida de la verdad! Y los no creyentes elevénse, elevénse tambien, pero con temor y con ansiedad, como hombres que son muy pequeños con todo su poder y su raciocinio, delante de hechos que llenan todos los siglos y que están proclamando el imperio y la majestad de Dios.

CONFERENCIA

CUADRAGÉSIMA SEGUNDA.

DE LOS ESFUERZOS DEL RACIONALISMO PARA ANIQUILAR LA VIDA DE JESUCRISTO.

Monseñor.—Señores.—Jesucristo ha vivido como Dios, se ha sobrevivido como Dios, se ha preexistido como Dios; se ha preexistido en el pueblo judío, ha espresado su vida en el Evangelio, y este triple anillo de su manifestacion ha dado á su divinidad el dominio del universo. Una vez que el género humano ha tenido plena conciencia de ella, se ha sentido como abrumado por esta demostracion, y desde Teodosio hasta Luis XIV, en el espacio de mil trescientos años, ha parecido imposible la discusion contra Jesucristo, en el sentido á lo menos, de que todo el mundo lo ha sufrido ó aceptado como fundamento. Mas, pasado este tiempo, el racionalismo que habia sido destronado por Jesucristo, ha tratado de recobrar el

imperio que habia perdido; ha creido que habiendo los siglos cubierto con sus olas todo ese formidable edificio, se presentarían algunos azares en favor de la duda y de la negacion, y que se podian pedir al siglo diez y ocho de la era cristiana, represalias felices y nuevos juicios contra una doctrina que él reputa envejecida. El racionalismo se ha vuelto á encontrar así al frente de Jesucristo que se halla colocado entre la Iglesia católica y el pueblo judío, como entre el ala derecha y el ala izquierda de la verdad, y una triple guerra se ha urdido, para arruinar la obra cuya edificacion se perfeccionó antiguamente, á despecho de los impotentes esfuerzos que se han querido renovar. Se ha pintado al pueblo judío como una raza vil, innoble, odiosa, indigna de todo crédito y de todo respeto; á la Iglesia católica como un instrumento de miseria para el pueblo, de servidumbre para los entendimientos, de sujecion para las naciones y los reyes; yo, Sres., he defendido á la Iglesia ante vosotros por espacio de muchos años; ayer he descrito la verdadera fisonomía del pueblo judío, no insistiré ni sobre la una, ni sobre la otra de estas discusiones. Jesucristo me llama al corazon del combate, cuyo centro y gefe es él mismo. En el fondo, el pueblo judío se componia de hombres, la Iglesia católica se compone de ellos tambien; y por grandes que sean los hombres no están exentos, aun llevando en su corazon el Espíritu de Dios, de algun defecto y de alguna debilidad: no sucede así con Jesucristo. Personaje milagroso por su perfeccion, no sufre tal como lo muestra el Evangelio, ninguna duda humana, y si permanece sobre este pedestal sin tacha, en vano el racionalismo arrojará á derecha y á izquierda sus tiros perdidos; Jesucristo, impasible en el centro de la verdad católica, la protegerá toda entera con su inmutable divinidad. Era pues necesario destruir á Jesucristo, ya sea aniquilando su vida, ya sea desnaturalizándola, ya á lo menos explicándola. Esto es lo que se ha intentado, Sres., y la exposicion de esta triple tentativa será la que termine nuestras conferencias del presente

año. Comencemos por la mas decisiva de las tres, y que tiene por objeto reducir á nada la vida de Jesucristo.

Jesucristo es una quimera ó una realidad? pertenece á la fábula ó á la historia? tal es la cuestion. Ella os debe asombrar, Sres., y sin embargo es seria; porque gentes de talento han negado atrevidamente la existencia de Jesucristo, y otras, sin llegar hasta esta extrema audacia, han tratado á lo menos de disminuir la certidumbre de su vida y de debilitar con arte su esplendor histórico. Se trata pues de colocar ó mas bien de mantener á Jesucristo en la historia, y para esto debemos ante todo, examinar la naturaleza y las leyes de la historia; porque mientras no las conozcamos, nos será imposible decidir si Jesucristo es ó no un personaje histórico. Voy pues á tratar de la historia, y luego veremos si Jesucristo está en ella presente ó ausente.

El hombre vive en el tiempo, es decir, en un elemento singular que lo hace á la vez vivir y morir; se encuentra entre lo pasado que ya no existe y el porvenir que no existe todavía, y si no tuviera la facultad de reunir en sí los tres estados de su existencia, no haria mas que nacer incesantemente sin llegar jamas á poseer la vida. Porque apenas habria dado un paso cuando el olvido lo habria borrado y así seria siempre como una sombra que sale de la tierra y que se desvanece. Dios, contra este terrible poder del tiempo, le ha dado la memoria, por la que el hombre vive en lo que no existe ya, como en lo que está presente, de manera que recordando á cada momento, cuando quiere, sus antiguos dias, se ve en la plenitud de su personalidad, semejante á un edificio cuyas hieladas han sido colocadas sucesivamente, pero que el ojo recorre y descubre todo entero. Pero la memoria que es suficiente al hombre para vivir, no es suficiente á la humanidad; mientras que el hombre es uno con una memoria que subsiste tanto como él, la humanidad es múltipla y su memoria espira á cada generacion, ó á lo menos no transmite sino una débil parte á la generacion siguiente. El padre refiere al hijo lo

que ha visto; el hijo lo repite al nieto; mas á cada grado, el pensamiento se oscurece y poco á poco la luz de esta tradicion no alumbra ya mas que las cimas lejanas de los mas grandes acontecimientos. Acaba aun por extinguirse enteramente: las lineas se confunden á los ojos de una posteridad que se aleja siempre, y si Dios no interviniera para socorrer al genero humano que pierde la huella de sí mismo, se le veria permanecer en una eterna infancia entre un pasado informe y un porvenir desconocido. La esperiencia, fuente de todos los progresos, le faltaria constantemente. Ni la verdad ni el error, ni el bien ni el mal se conocerian, sino por un combate pueril que volveria á comenzar siempre en el mismo punto, espectáculo indigno del hombre, indigno de Dios, en que la verdad y el bien, por canecer de encadenamiento, no podrian jamas desplegar sus caractéres de estabilidad y de inmortalidad. Dios que habia proveido por la memoria á la identidad progresiva del hombre, debia evidentemente proveer á la perpetuidad continua del género humano por una memoria conforme á los destinos de ese vasto cuerpo, es decir por una memoria, una, universal, cierta, capaz de darle la conciencia total de sus obras desde el principio hasta el fin. Discurriendo así, Sres., he definido la historia.

La historia es la vida de la humanidad presente á ella misma, como nuestra propia vida está presente á cada uno de nosotros; la historia es la memoria del mundo. Pero cuántas dificultades para crearla! Dios enciende en nuestra inteligencia una antorcha que alumbra lo pasado, porque nuestra misma inteligencia es una é indivisible; ved aquí el hecho; pero cómo dar al género humano, múltiplo y dividido, semejante luz? Cómo darle una memoria inmortal, al que muere cada dia? una memoria inmutable al que no es mas de un cambio perpetuo? una memoria cierta al que puede dudar tan facilmente de lo que no ve? Dios ha provisto á esto dandonos la escritura. Por medio de ella, una cosa dicha una vez puede ser oida siempre, un espectáculo representado una vez puede ser siempre vi-

sible; ella se apodera de la ola que pasa y la hace eterna. He aquí ya la inmortalidad y la inmutabilidad, mas no la certidumbre. Porque tanto se escribe lo falso como lo verdadero. Se ha escrito, muy bien; mas quien nos garantiza la verdad de lo que se ha escrito? Un hombre, hace dos mil años, ha hecho un libro en que refiere cosas de que afirma haber sido tertigo: qué prueba tenemos de que no haya mentido, y de que la fábula no nos sea transmitida bajo una apariencia histórica? Evidentemente, la escritura por sí sola no responde á esta cuestion; la historia comienza con ella, mas ella no es la historia en la totalidad de sus elementos. La historia si existe debe dominar á nuestro espíritu con la misma autoridad con que lo dominan todos los poderes que han recibido la misión de gobernarlo. Asi como hay en el mundo una fuerza moral que no nos permite decir que es lícito al hijo matar á su padre, una fuerza matemática que no nos permite construir una casa sobre un plano desnivelado, asi tambien debe haber en el mundo una fuerza histórica que no nos permita decir á la historia: Tú has mentido. Si esta fuerza no existe, la historia no existe tampoco.

Cuáles son pues las condiciones de la historia, ó mas bien cuáles son las condiciones de una escritura histórica? Porque la escritura es el elemento fundamental, persistente, sustancial de la historia. Sin la escritura, no tendríamos mas que tradiciones mas ó menos confusas; pero como la escritura puede engañar, es preciso que conozcamos las condiciones que elevan la escritura al estado de escritura histórica, es decir al estado de escritura auténtica, cierta, infalible, verdadera. Estas condiciones son tres.

Primeramente, la escritura debe ser pública. Todo lo que es secreto no tiene autoridad; toda escritura misteriosa es una escritura vana, porque no ha sido registrada. Nada es eficaz en este género sino por el registro de todos. El pueblo es el único escribano público capaz de certificar su propia historia, porque es la reunion de todas las edades, de todos los pensa-

mientos, de todos los intereses, y porque una conjuración popular para mentir á la posteridad, es un espectáculo, que lejos dé ser visto, no puede ni aun concebirse. Un hombre inventa el error; un pueblo tiene bastantes ideas y pasiones diversas para que se confabule, con el objeto de engañar á los siglos futuros. Un pueblo, por otra parte, jamas existe solo; vive entre pueblos contemporáneos cuya historia está mezclada con la suya y aunque fuese capaz de una mentira unánime, exitaria inevitablemente la protesta del siglo mismo á cuya vista habia tomado principio la conspiracion.

La segunda condicion de la escritura, para llegar al estado de historia, es que estribe sobre acontecimientos públicos. Todo hecho que no es público no es del dominio de la historia, por la razon que acabo de dar; porque quién ha visto un hecho que no es público? Es un hombre, son tres hombres si quereis; mas la historia no puede descansar sobre el testimonio de un hombre ni de tres hombres; esto no es propio de la historia, sino de las memorias. Las memorias descansan sobre hechos privados, mientras que la historia descansa sobre acontecimientos públicos. Por ejemplo, que Luis XIV haya conquistado la Flandes, el Franco-Condado, la Alsacia, la Lorena, que haya agregado estas provincias al reino de Francia, primero por sus armas, despues por medio de tratados, he aquí la historia, son acontecimientos que interesaban á la Francia y á todas las naciones de Europa, y que han tenido por espectadores á cien millones de hombres. Pero que Luis XIV, en su alcoba de Versailles, haya dicho en presencia del Duque de San Simón tal palabra que se refiere en los libros de este hombre célebre, no es esto peculiar sino de una memoria. Sin duda este elemento secundario entra en gran parte, en la composicion de los anales del género humano, porque no soportaríamos relaciones en que no apareciesen mas que las grandes líneas de la arquitectura histórica; los por menores privados nos encantan aun mas, que los movimientos generales del mundo; ellos se aproximan mas á nuestra existencia personal, y hacen bajar hasta nosotros á los mas

eminentes personajes de los tiempos pasados. Desnudos, por otra parte, de la solemne certidumbre de la historia, no carecen siempre de una sancion grave, aunque de un orden inferior; las acciones privadas se enlazan con las acciones públicas; testimonios numerosos y concordantes establecen la relacion de unas con otras, y el todo camina con un paso que no es muy desigual. Sin embargo, si se aspira á la certidumbre histórica absoluta, es necesario separar los dos elementos, y dar al primero con esta separacion, toda su fuerza y todo su esplendor.

La tercera condicion necesaria para elevar la escritura al estado de historia, es que los hechos se coordinen en una trama pública y general. Nada hay aislado en los sucesos del mundo; se ligan entre sí por un encadenamiento semejante al que une las ideas en la composicion lógica de un discurso. La historia debe reproducir esa generacion continúa de hechos, de manera que todos ellos entren naturalmente en la série de las cosas cuyo conjunto progresivo constituye la vida del género humano. Un hecho aislado no es un hecho histórico; porque careciendo de base está en el aire. Mucho menos aun llamaremos con este nombre un hecho que no puede tomar lugar en la trama general de la historia, sin turbar toda su economía; este es el signo infalible de la impostura. La fuerza de la historia, como la fuerza de todo orden real, está en el conjunto y en la trabazon. Cuando un hombre es solo, es nada, así como cuando un hecho es solo, es tambien nada. Pero que un hombre entre en sociedad con otros, al instante se hace parte de una familia, de un pueblo ó del género humano todo entero. Así tambien, que un hecho entre en sociedad histórica con otros, y no solamente con otros sino con todos los otros, que sea necesario en la trama general de la historia, que la historia no pueda construirse sin este acontecimiento, entonces no solamente tiene la fuerza de un hecho histórico, sino que tiene la fuerza de la historia entera; es preciso confesarlo ó negar la vida total del género humano.

Así pues, escritura pública, hechos públicos, trama pública, he aquí los tres elementos de la historia; y cuando estos tres elementos están reunidos, yo afirmo que la historia existe, y que no se podría resistir á ella sin resistir á la fuerza misma del sentido comun. En efecto, Sres., para que en este caso la historia engañara sería necesario, lo que no es posible, que un hombre cualquiera espusiese en público acontecimientos de una naturaleza pública, y que estos acontecimientos que se suponen falsos fuesen admitidos como verdaderos, y se enlazasen á pesar de su falsedad con la trama general de la historia. Lo que es del todo imposible y nada es mas fácil que daros la prueba de esta imposibilidad. Permitidme únicamente una suposicion: supongo que mañana por la mañana tengo la ocurrencia de publicar un libro cuya sustancia resumo en estas palabras: El primero de Enero de 1847, la Francia declaró la guerra á las tres grandes potencias continentales de la Europa. Esta guerra tenia por objeto restablecer el derecho de gentes y la fé de los tratados conculcados por acciones violentas. Los ejércitos se encontraron en los campos de Mayena. La Francia contaba con seiscientos mil soldados, los enemigos con un millon. La batalla duró diez dias consecutivos; el décimo por la mañana, la suerte dió la victoria á los franceses. Los plenipotenciarios de Europa reunidos en Mayena, firmaron un tratado que puso fin á la guerra por una nueva division del continente europeo.

Yo os pregunto, Sres., creis que esta novela pública tendria la suerte de ser creida por la posteridad? No es claro que la Francia la veria con el mas profundo menosprecio? Si la Francia la aceptaba, no es manifesto que toda Europa se burlaria de ella? Y, si por un acto de demencia universal, la Francia y la Europa consentian en revestirla con una absurda autoridad, no es evidente que jamas se lograria introducirla en el tejido de la historia, pues que el estado de todos los negocios contemporáneos, y por consiguiente de todos los negocios futuros, estaria en contradiccion con esta pretendida guerra y este tratado ficticio? La mentira, para sostenerse

exigiria una mentira perpetua, y la conjuracion de un solo momento contra la verdad, exigiria una conjuracion continuada hasta el último dia del mundo. La imposibilidad de tal concurso y de tal perseverancia en una impostura universal no es solamente una imposibilidad moral, es una imposibilidad metafísica y absoluta.

Ahora bien, Señores, en cualquier época de la humanidad á que nos trasportemos, esta imposibilidad será la misma. En todas partes y siempre, una escritura pública que refiere hechos públicos que se colocan naturalmente en la serie general de la historia, será una escritura auténtica y verdadera, porque en todas partes y siempre será imposible, en tales circunstancias, engañar al género humano sobre su propia vida, ú obtener de él que se engañe á sí mismo sin objeto y contra toda razon. Y, notadlo bien, Señores, existiendo una vez la historia, el tiempo no tiene el privilegio de disminuir su fuerza, pues que la confirma lejos de disminuirla. Digo que no la disminuye, y para probarlo, os propongo el siguiente ejemplo: Pensad en César, despues pensad en Luis catorce, y tratad de discernir si la certidumbre histórica de Luis catorce y la certidumbre histórica de César, se distinguen por la mas ligera gradacion en vuestro entendimiento. Evidentemente no se distinguen á pesar de que diez y siete siglos separan á Luis catorce de César. Mas estos diez y siete siglos desaparecen ante vuestro pensamiento por la mirada eléctrica que lo lleva subitamente del uno al otro, y le hace ver no solamente que la base histórica de César es la misma que la base histórica de Luis catorce, sino aun que dudando del primero seria necesario dudar del segundo, pues que sin César la historia toda entera perderia su encadenamiento, y con su encadenamiento la principal causa de su solidez. Digo mas todavía, digo que el tiempo confirma la certidumbre de la historia en vez de disminuirla. Y por qué? Porque el tiempo á cada paso que da, desarrolla la tela histórica, y porque cada punto de la historia entrando en parti-

cipacion de la fuerza solidaria del todo, cuanto mas se aumenta esta fuerza por la repercusion de los sucesos entre sí, tanto mas cada punto particular se asienta, se sostiene y se estiende. De esta suerte Moises ha sido consolidado por Jesucristo; porque aunque Moises haya escrito públicamente sobre hechos públicos, la trama de la historia era corta en su tiempo; tenia necesidad de adquirir amplitud y cuando Jesucristo fué colocado en ella, su presencia iluminó la época pasada de Moises, como el por venir cristiano debia á su turno resaltar sobre Jesucristo. De donde se sigue que no podemos hacer un movimiento en este instante, sin llevar hasta Moises el brillo de una nueva confirmacion, porque en todo lo que hacemos, él es el que nos sostiene, y nosotros, á nuestro turno, explicamos todo lo que él ha hecho. El hilo de la historia va y viene sin cesar del tiempo pasado al por venir, del por venir á lo pasado, y lo que nosotros vemos con nuestros ojos será mas claro á nuestra posteridad que á nosotros mismos, porque ella acabará sobre la tela en que trabajamos, dibujos que no han salido todavía de la mano del obrero. Como un edificio cuyo remate cubre la base, así es la historia; como una tierra que se consolida á fuerza de ser pisada, así es también la historia bajo los pasos de las generaciones. En una palabra, el tiempo, que parecia el mas grande enemigo de la historia, fundada ella una vez, la protege y la fortifica.

Mas por ventura la historia existe? No es una brillante teoría todo lo que acabamos de decir? El género humano conoce su vida? Hay en el mundo una historia del mundo? Esto es preguntar, Señores, si existen escrituras públicas que contienen una larga trama de sucesos públicos, siendo así que estas escrituras y esta trama están á nuestra vista. La humanidad conocia su vida primitiva por algunas tradiciones fundamentales recojidas en tiempo y que confirma su misma universalidad; ella conocia su vida subsecuente despues de Moises por una historia no interrumpida que se ha ido siem-

pre desarrollando. De Moises á Herodoto es la aurora de la historia; de Herodoto á Tácito es la mañana de la historia; Tácito es su medio dia, y este medio dia dura hasta la presente. Se ha hecho mas brillante despues de tres siglos por una invencion célebre que ha aumentado mucho la publicidad y la inmortalidad de la escritura. Como Dios habia dado la escritura á nuestros padres cuando la tradicion estaba en peligro de oscurecerse, les ha dado la imprenta cuando la escritura misma estaba amenazada de olvido y de confusion por la exesiva caantidad de monumentos. La imprenta ha salvado la historia mil y quinientos años despues de Jesucristo, como la escritura habia salvado la tradicion mil y quinientos años antes de él.

Siendo esto así, Señores, y existiendo la historia hace treinta siglos, la cuestion es saber si Jesucristo está en la historia, ó si está fuera de la historia. Yo afirmo que está en la historia, y que ninguno en el mundo ocupa en ella un lugar mas importante ni mas firme que el suyo.

Qué tengo que hacer, Señores, para probarlo? Tres cosas, evidentemente: hacer ver que la vida de Jesucristo se halla contenida en una escritura pública, que es un tejido de acontecimientos públicos, y que entra naturalmente en la trama pública de la historia.

Pues bien, la vida de Jesucristo está contenida en los Evangelios y los Evangelios son una escritura pública, he aquí mi primera proposicion. Pero vosotros me interrumpís inmediatamente y me decís: Qué es lo que prueba que los Evangelios sean una escritura pública? No son los Evangelios mismos, y no probáis así la cuestion por lo que se disputa? Señores, si la historia comenzara en los Evangelios, ó si estos fueran toda la historia, sería difícil quizá responder á vuestra objecion; mas no habréis tan pronto olvidado, segun creo, que la historia preexiste á Jesucristo, y Dios que queria darnos la certidumbre de la existencia y de los hechos de su hijo habia preparado el terreno en que debiamos encontrarle un dia. Este

terreno es la historia, y en la época en que se coloca la vida de Jesucristo, es decir en tiempo de Augusto, la historia tenia en el mundo un estado que no dependia de nosotros. No somos nosotros los católicos los que hemos hecho la historia; ella se formaba sin nosotros y contra nosotros. Ella estaba en las manos de nuestros enemigos, y si nosotros comenzamos entonces la historia de la Iglesia, la del mundo se proseguia sobre un plan que no era nuestro y en el cual ningun poder nos estaba reservado. Ahora, ved la historia que yo invoco en este momento para establecer la publicidad de los Evangelios, y me apoyo ante todas cosas en una observacion que creo fundamental: los Evangelios, digo, eran una escritura pública, porque pertenecian á una sociedad doctrinal pública.

Que los primeros cristianos formasen una sociedad doctrinal, es cosa clara por sí misma; que esta sociedad fué pública, no es dudoso tampoco; y no obstante importa fijar este punto con la mayor exactitud, porque en él estriba todo. Se concibe en verdad, que algunos hombres reunidos clandestinamente y predicando una doctrina secreta, hubieran podido preparar en las tinieblas un libro misterioso que nadie hubiera podido censurar, y que pasando de mano en mano hubiera adquirido autoridad con el tiempo. Mas si la sociedad de los cristianos ha sido pública desde un principio; si desde la muerte de Jesucristo, sus apóstoles se han presentado en las plazas de la Judea y bien pronto en las plazas del imperio romano, provocando, no una guerra oculta, sino una guerra estrepitosa; si ellos han dicho atrevidamente á los judios: *A Jesus de Nazareno, varon aprobado por Dios entre vosotros con virtudes y prodigios y señales, que Dios obró por él en medio de vosotros, como tambien vosotros sabeis; A este que por determinado consejo y presciencia de Dios fué entregado, lo matasteis, crucificándole por manos de malvados: Al cual Dios ha resucitado;* (1) si, arrastrados ante todos los tribunales del impe-

(1) Hechos de los Apóstoles, cap. 2. vers. 22, 23 y 24.

rio, cuando se les ha dicho: Quiénes sois vosotros? ellos han respondido: Nosotros somos cristianos, es decir los hijos de Cristo que ha sido entregado á la muerte, pero á quien, el brazo de Dios, mas poderoso que todas las conjuraciones del hombre, ha sacado de la tumba y lo ha elevado para que sea perpetuamente la cabeza y el gefe de todas las naciones; si ellos han dicho esto, si es cierto que lo han dicho, cierto no solamente por escritos salidos del seno del Catolicismo, sino por escritos publicados por extrangeros, por nuestros enemigos, cierto por una multitud de monumentos, yo tendré el derecho de concluir que la sociedad cristiana, en su principio, ha sido una sociedad pública, y que, á diferencia de tantas cosas que se preparan bajo de tierra, porque no tienen fé en su fuerza ni en su legitimidad, la Iglesia católica ha comenzado públicamente, así como ha continuado tambien públicamente.

Vamos á la prueba; escuchad á Tácito, al mas célebre de los historiadores, á Tácito, encargado por Dios de gravar en la historia la acta del nacimiento y la acta de la muerte de su hijo único Jesucristo. Veintisiete años despues del gran drama del calvario, tuvo Neron el capricho de incendiar á Roma, y para cubrir el horror de esta accion abominable, hizo aprehender, dice Tácito, á una inmensa multitud de hombres=*ingens multitudo*. Quiénes eran estos hombres? Tácito los va á definir: eran hombres que el vulgo llamaba cristianos=*quos vulgus christianos appellabat*. Notad esta palabra *vulgus*; veintisiete años despues de la muerte de Jesucristo, el nombre de sus discípulos era vulgar en Roma, en la Capital del mundo. Pero qué cosa eran los cristianos? Tácito nos lo va á decir: El autor de este nombre era Cristo=*auctor nominis hujus Christus*. Vosotros oís Señores, vosotros lo oís, y la fecha de este texto, no ha sido jamás contradicha por nadie, es auténtica, está marcada por el incendio de Roma, el año 64 de la era cristiana, es decir veintisiete años despues de la muerte de Jesucristo. Pero esto es todo? No,

vais á oír cosas mejores, vais á oír el Símbolo de los apóstoles bajo la pluma y con la tinta de Tácito. El historiador tenia que decir quién era Cristo; continúa pues: El autor de este nombre era Cristo, que bajo el reinado de Tiberio, habia sido condenado á muerte por el procurador Poncio=*Pilato*=*auctor nominis hujus Christus, qui Tiberio imperante, per procuratorem Pontium Pilatum supplicio affectus erat*. Decidme, Señores, es Tácito el que habla ó es el Símbolo de los apóstoles? El Símbolo de los apóstoles dice: *Qui passus est sub Pontio=Pilato*; Tácito dice; *qui per procuratorem Pontium=Pilatam supplicio affectus erat*. Es Tácito, un extrangero, un profano, un hombre que, al escribir estas cosas sobre un indestructible bronce, no sabia ni aun lo que decia. Y que decia de los cristianos, de la inmensa multitud que el vulgo llamaba con el nombre de cristianos? decia de ellos lo que vais á ver, siempre en el mismo texto: Esta detestable supersticion, reprimida por el momento, hacia una nueva irrupcion, no solamente en la Judea, origen del mal, sino hasta en Roma, *repressa que in presens exitialis supersticio rursus erumpebat, non modo per Judeam originem hujus mali, sed per urbem etiam*. Qué texto, Señores, qué precision, cuántas cosas en dos líneas! Así pues, veintisiete años despues de la muerte de Jesucristo, los cristianos formaban en Roma una inmensa multitud; eran conocidos del vulgo bajo su verdadero nombre; aun antes de esta época, habian sido reprimidos ya por la autoridad pública, mas esta represion no les impedia propagarse con tal rapidez que Tácito la llamaba irrupcion; comparecian ante los tribunales y allí daban testimonio de su fé; porque Tácito añade que fueron aprehendidos por su confesion.=*Primo correpti qui fatebantur*. Eran odiosos á todos=*invisos*, y sus costumbres diferenciaban de tal manera de las costumbres generales, que, segun la observacion del historiador, fueron convencidos menos del crimen de incendio, que de ódio hacia el género humano, *haud perinde in*